

to, como si la ciudad y el dominio fuesen algo de lo que uno pudiese apartarse por simple acto de voluntad. Lo que el hombre sabe de la "physis" — y en esto Tales no difería demasiado de nosotros, si debemos atender al discurso que se le atribuye — es lo que las urgencias concertadas de la zozobra política y el ansia de liberación ética presentan a su conciencia vigilante, angustiada. Cuando la física olvida esto y reclama el intemporal prestigio de la Idea, es cuando más de lleno cae en la ideología. Adorno acertó a decirlo así: "La naturaleza, incluso cuando se presenta como la roca arcaica del ser, es proyección de la pervertida ansia cultural porque todo siga igual por mucho que cambie".

■ FERNANDO SAVATER.

## Ideas de la utopía

El "Sabine" (1), la escolar fuente política donde han bebido tantas generaciones de estudiantes, apenas si les da beligerancia. Parece así justificar el calificativo de "fracaso heroico" que Irving Louis Horowitz da al anarquismo en un libro del que ha aparecido en España la primera parte ("Los anarquistas. I: La teoría", Alianza Editorial), anunciándose para más adelante una segunda, donde se explicará la aplicación práctica de esa teoría de la acracia.

Horowitz, profesor americano que fue colaborador de Wright Mills, se confiesa simpatizante del anarquismo. Es una simpatía platónica y casi latifundista. Quiero decir que le hace ver el fenómeno con un criterio de generosa amplitud y que le lleva a englobar en esta selección de textos (algunos de gran belleza literaria) autores no considerados académicamente como dentro del fenómeno ácrata.

Son diecinueve los autores escogidos y vistos desde tres puntos de vista: como críticos de la sociedad, como portavoces de una forma de vida y como teóricos de un cierto sistema filosófico. Estos son: Diderot, Malatesta,



"Una lectura en casa de Diderot", según el cuadro de Meissonier.

ta (2), Proudhon, William Godwin, Bakunin, Kropotkin, Tucker y Rocker, Emma Goldman, Sacco y Vanzetti, Conrad, Dostoyevsky, Tolstoi, Camus, Stirner, Thoreau, Josiah Warren y Herbert Read.

Ante una nómina tan amplia, el libro queda casi como un examen de la Humanidad a propósito del anarquismo, y los temas tocados son, por supuesto, muy numerosos. Desde el hermoso texto de Dionisio Diderot sobre el estado de naturaleza, al de Emma Goldman sobre el amor, pasando por el clásico de Proudhon sobre la propiedad.

Una y otra vez, Horowitz presenta la consideración del anarquismo como movimiento moral, como una auténtica teoría del hombre nuevo, del inconformismo, del espíritu de rebeldía frente a lo estatuido, de la negación de la realidad como tal, de la huida de ella... Más que una revolución, lo que busca el anarquista es una abolición ("pretende aniquilar los rasgos sociológicos, económicos y políticos de la vida humana que hemos llegado a considerar como inalterables"). La traducción práctica de tales ideas no siempre parece realizable. Así lo señalará Horowitz: "El anarquismo no puede ser más que una postura. No puede representar una posición política viable".

(2) Acaba de aparecer en castellano "Malatesta, vida e ideas", de Vernon Richards (Tusquets Editor), en tres partes: una con escritos del italiano, otra con su biografía y una tercera valorativa de su vida y obra.

Si puede ser, en cambio, un fermento, una levadura, un arma crítica de otros sistemas, un ojo avizor correctivo y vigilante de abusos. Horowitz, profesor, como hemos dicho, en una Universidad norteamericana, enlaza el anarquismo, hasta cierto punto, con los movimientos contestatarios que tanto florecieron en Berkeley, para después extenderse a otros centros. Se ha convertido en una crítica de la sociedad de la abundancia, y, por aquí, parece unirlo con el texto citado de Diderot: "Has entrado en nuestras cabañas, ¿crees que nos falta algo? Puedes perseguir hasta donde quieras lo que tú llamas las comodidades de la vida, pero deja que los seres sensatos se detengan en lugar de continuar sus penosos esfuerzos, que sólo les proporcionarían bienes imaginarios". ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

## Crónicas de prisión y de muerte

El 30 de marzo de 1939, y en el primer número de "Arriba" salido en la capital, se hacían públicas las Normas de la Auditoría de Guerra para la depuración de responsabilidades. En ellas se determinaban los plazos de presentación de las diversas categorías profesionales y políticas que pudieran verse incluidas en la depuración. Según el breve

preámbulo explicativo, se ajustaban dichas disposiciones a "la justicia que ha de administrarse rápida y serenamente en esta capital", huyendo, eso sí, de "venganzas personales", de acuerdo con "el sentido de la justicia clásico en nuestra Patria". Frente a "quienes os tuvieron tanto tiempo sometidos al terror, España os trae, con su victoria, el cumplimiento exacto de su verdad", lo que en el plano procesal se correspondía con la "justicia serena, pero firme, que en el orden penal sabrá imponer a cada cual la sanción que haya merecido".

Pero sería inútil buscar en lo sucesivo datos concretos acerca del alcance real de dichos criterios en su aplicación. "La Revolución Nacional sindicalista —apuntaba un editorial del propio "Arriba", el 25 de abril— se logra por una serie de reformas destructoras y constructoras, por una serie de operaciones



Eduardo de Guzmán.

quirúrgicas —amputaciones e injertos— en el cuerpo social". Las únicas aparecidas en la prensa se referían a la captura o "detención de malhechores", especificando la aprehensión de funcionarios o militantes que, al parecer, se hallaban directamente implicados en delitos de sangre durante el período de guerra. Una capa de silencio, bajo el cúmulo de declaraciones triunfalistas sobre el futuro de la nueva España, cubría a quienes, por decenas de miles, habían pasado en cuestión de horas o de días a amontonarse en los lugares de detención tras su derrota como defensores del Estado republicano.

(1) "Historia de la teoría política", George H. Sabine, Fondo de Cultura Económica.